

Conexiones

La chica castaña caminaba a pasos rápidos para llegar lo más pronto posible a su casa y pensaba en lo necesario que es para ella comprar un auto para poder transportarse y no depender de los horarios del colectivo urbano.

00:23 AM. Se había dedicado más horas de lo debido al trabajo para, a fin de mes, cobrar las horas extras.

Se sabía el camino de regreso a la perfección; lo había hecho tantas veces que hasta podría decir que era algo casi mecánico, pero hoy se sentía diferente. La gran luna llena era cubierta por algunas nubes oscuras que avisaban la llegada próxima a una posible lluvia, y eso la apuró más. Dudó por unos segundos en acortar el camino pasando por medio de un oscuro callejón pero se negó; “un par de gotas no han matado nunca a nadie” pensó.

Siguió caminando. Siguió contando los minutos en los que se tardaría en llegar, pensó en las mil y un posibilidades de poder encontrarse a algún conocido, o aún peor; a un desconocido.

Y tal parece que la fuerza de su pensamiento se concretó. Escuchó pasos tras ella. Uno. Dos. Tres. Frenó, miró hacia atrás pero no había nadie; tan sólo el farol que desprendía una tenue luz. Se apresuró. Uno. Dos. Tres. Seguía escuchando los pasos. Frenó y miró hacia atrás. Nada. Vio hacia adelante. Tan solo unas cuadras más y podría llegar.

00:45. Llegó.

Con las manos temblorosas destrancó la puerta de su casa y al entrar, no midió su fuerza para cerrarla; el portazo sonó tan fuerte que se mezcló con el sonido de un trueno haciendo eco entre las paredes. No sabía si había alucinado, se habían sentido tan reales los pasos que la seguían que, con curiosidad y miedo, abrió un poco la cortina de la ventana principal y sus dudas fueron respondidas al instante.

Ella no estaba alucinando.

Estaba allí; parado a tan solo unos metros de su hogar. Un cuerpo alto, mucho más alto que ella, la luz estaba anterior a él así que no podía ver su rostro pero aun así podía jurar

que, aunque era más la oscuridad, ella distinguía los ojos exorbitantes que seguían todos sus movimientos.

Cerró la cortina de golpe y pensó; ¿Cuáles eran las posibilidades de que le esté ocurriendo a ella? Pensó en todas las entradas a su casa y corrió por cada una de ellas cerrándolas y asegurándose de que nadie pudiera pasar por allí. Volvió. Se debatió entre ver o no hacia afuera. Miró y se relajó; ya no había nadie allí. Todo parecía tan irreal que cabía la duda de que hubiese sido solo una mala jugada de su mente. Esa noche lo dejó pasar; quizás estaba tan cansada que ya imaginaba cosas y la solución a ello era dormir.

03:33 AM. Despertó de repente. Asustada. Sentía el cuerpo arder como si se estuviera quemando cada centímetro. En la oscuridad estiró su fina mano para prender la luz de noche pero nunca la alcanzó; sus manos tocaron otra cosa. Distinguió una nariz grande y puntiaguda. Sus dedos, temerosos, siguieron recorriendo; encontró unos labios juntos y húmedos, un par de ojos que derramaban lágrimas como si fuesen gotas que caían del cielo en un chaparrón imparable. Cerró sus ojos tan fuerte que le dolían pero ese sentimiento era invisible ante el miedo y el pánico; podía sentir a su corazón palpar tan fuerte que quizás se saldría de su lugar para irse corriendo. Al cabo de unos minutos que parecieron horas; se volvió a dormir.

08:00 AM. Despertó por segunda vez con la luz del sol alumbrándole directamente en el rostro. Abrió los ojos con seguridad antes de acostumbrarse al brillo de la habitación. Movié la cabeza hasta el costado de la cama donde estaba su mesa de luz y divisó un rastro de humedad. Sus manos apoyadas en la almohada se sentían mojadas al tacto de ésta; había llorado mientras dormía.

¿Cómo había sucedido? ¿Acaso alguien había entrado a su casa? Era imposible; ella misma se había encargado de cerrar todas las entradas. El vago recuerdo de aquel cuerpo parado y el sentimiento de haber estado tan expuesta la atormentó por segundos. Decidió no prestarle atención, tal vez había sido una pesadilla simplemente.

A través del tiempo se dedicó a ver en las noches penumbrosas aquel ente al cual había denominado “oscuridad”; la visitaba siempre a la misma hora y en el mismo lugar sin tener propósito alguno más que atormentarla con su presencia.

23/07/1987

Había decidido terminar con el secreto que la perseguía. Esperó toda la noche con las luces encendidas su aparición pero nunca llegó.

03:34 AM.

Respiró con tranquilidad mientras que un suspiro de decepción se le escapaba de los labios, suspiro que fue interrumpido por un pequeño sonido proveniente de la ventana. Allí estaba, tal y como debía ser; sus ojos la miraban sin descanso. Se había percatado de algo; sólo había visto sus ojos, como si no hubiese más nada que adornase tal rostro. Los vidrios, empañados, le daban un aspecto tenebroso aunque ella no lo sentía así; se acercó con pasos lentos, dudando de si era lo correcto, pero a fin de cuentas, no importaba. Letras fueron escritas sobre el material transparente, eliminando el rastro de vapor.

“Sígueme”

Una discusión se desató en su interior pero de repente se encontró caminando a mitad de la noche invernal, en medio de la nada y a mitad de todas las respuestas que quería encontrar. El camino fue silencioso y repleto de dudas interminables. Sus pies abrigados por la tela de sus pantuflas estaban helados y temblaba por reflejo propio de su anatomía pero no era relevante.

04:12 AM.

Supo que había llegado cuando aquel cuerpo había desaparecido, dejando frente a ella una vieja lápida destruida, rodeada de la maleza indomable y con huesos de apariencia humana regados en el lugar.

Aquella era la tumba de aquel ser que la atormentaba. No la perseguía a ella; no era su víctima y aquello no era un victimario.

“Aquí yacen los restos de Eliseo Zeiler.

Nació en Chile < 26 Noviembre de 1873>

Falleció en Argentina < 4 Abril de 1900>”

No entendía bien el propósito de estar ahí, o quizás simplemente no quería saberlo aunque así era. Limpió el polvo con sus manos y arrancó las plantas que no debían estar allí. De forma inconsciente se encontraba derramando saladas lágrimas por sus pálidas

mejillas. Todo el tiempo, todo éste tiempo había estado frente a sus ojos y ella se limitaba a ignorarlo. Siempre creyó que había sido sobre ella y ejercer sentimientos horribles para hacerla sufrir. No había pensado nunca que iba más allá de eso, ni siquiera considerado. Sus manos estaban sucias de haber escarbado en la tierra que se le metía debajo de las uñas y manchaban sus pantalones. Con sumo cuidado y delicadeza tomó aquellos huesos, antes de colocarlos en una cama de flores silvestres que cortó; los acomodó como pudo y los tapó. Fue allí cuando apareció y por fin lo pudo apreciar; era alto como ella sabía, su piel era tan blanca como un papel pero sus ojos, oh sus ojos, eran tan azules que casi podía ver el océano reflejados en ellos y su sonrisa iluminaba más que la luna en esa noche.

—Esperé tanto tiempo. — Él estaba parado frente a su tumba, admirándola. — Gracias por haberlo hecho y...—La miró. —Lamento tanto haberte asustado.

Ella solo estaba allí, congelada y sin palabras, aunque no había ninguna que pudiese describir nada de lo que sentía.

—He esperado 87 años para poder irme. — Comenzó lentamente a desaparecer mientras los primeros rayos de sol amenazaban con salir y extinguir la oscura noche llenándola de luz. —Gracias...

Y de repente, él ya no estaba allí. Ella lo había sentido llorar y había sentido su angustia recorrerle cada centímetro del cuerpo. Estaba procesando que ya no estaría allí. Que se había ido. Que ella había hecho que se fuera y que, por fin, estaba en paz.